



OFICIO DE DIFUNTOS

PEDRO TRIGO

USLAR, EL REHABILITADOR

Oficio de difuntos pretende ser la vida de Gómez evocada a rachas por la memoria asustada del cura que debe decir su menologio. Acaba de morir el general y su séquito se dispersa escapando de la venganza popular. Y precisamente entonces él es requerido para pronunciar el elogio ritual que nadie quiere oír. Mientras suben los nuevos amos y desaparecen los allegados del muerto él debe encumbrarse al túmulo para consagrar la apoteosis y ser enseguida arrojado a la pira. Cuando el dictador ya no tiene poder, él por su propia lengua se va a ligar a su destino, a su ocaso. El, la víctima propiciatoria escogida por los nuevos amos. Y en ese estado convulsivo de quien se prepara a proclamar las pruebas de su connivencia con el orden derribado por la muerte aflora la conciencia de la propia fragilidad ligada a la presencia de ese muerto imponente que amenaza arrastrarlo en su caída.

Nuevamente —como tantas otras veces en la historia y en la literatura latinoamericanas— el intelectual y el dictador, como los dos polos de un mismo sistema. El hombre de la palabra y el hombre del poder. Y el hombre de la palabra habla del hombre del poder. Para alabar o para maldecirlo, de todos los modos las palabras del intelectual siempre acaban nombrando al amo. Palabra mágica para cazar la presa, palabra que sorprende el nombre del enemigo y así lo desarma de su secreto, lo posee y lo suplanta. O la palabra como espejito mágico que multiplica por doquier el retrato que el tirano soñó para sí y de este modo acaba por aislarlo de la realidad. ¿Qué significa esta palabra de Uslar Pietri, el intelectual?

Tal vez comenzó siendo la palabra del abuelo que cuenta a los nietos el tiempo fabuloso y fenecido. La palabra didáctica que trae a los confiados habitantes de la ciudad la memoria del gigante dragón que en otros tiempos mantuvo al país tembloroso entre sus fauces. Pero por debajo del gusto que lleva al hombre culto

contar las historias del país estaría la secreta fascinación del intelectual impotente que al cotejar su vida con la del otro le viene a rendir vasallaje. El desprecio por la política de caudillejos y seudodemócratas bochincheros, el aprecio por la laboriosidad y la disciplina social, la nostalgia por un tiempo entero para edificar y plantar, características del Gómez de Uslar, serían en el intelectual prédica incesante e intentos no cuajados y en el Rehabilitador realizaciones primitivas y brutales pero ciertas y duraderas.

“Yo no inventé a este hombre” (349) confiesa el intelectual al concluir la novela, y esta confesión trágica es la verdad más honda del autor y su obra: el autor es impotente hasta para crear una imagen. Esa sumisión imaginativa —él sólo copia del natural— es la declaración más franca de sumisión política, es una declaración de gomecismo, ya que el natural no sería la naturaleza sino un hombre, Gómez, en quien se resigna la condición humana de crear historia para pasar a la condición de criaturas de Gómez. A Gómez “no lo inventó nadie” (id.). Es Gómez-dios que crea un mundo a su imagen, el gomecismo, en el que todos —para que tenga sentido— recreamos a Gómez, lo mantenemos. Mantenemos su persona y sobre todo su imagen, su lógica, su necesidad. “Era el padre de todos nosotros y el hijo de todos nosotros” (id.). Y el intelectual escribe libros para prolongar este era hasta el mañana.

Y este fallo moral, que es también fallo político, es igualmente fallo artístico. Literariamente se traduce en sumisión al tópico. De poiesis, nada. El escribir no es un acto, una invención, un parto. Las palabras dicen lo que se dice, la escritura es impersonal, la historia es la misma historia establecida, la historia de los vencedores, los herederos de Gómez.

En esta historia sobra el intelectual ya que un intelectual así sólo puede decir redundancias. Falsos eran los temores del intelectual: “Se había resuelto que no hubiera discurso” (348). Sólo queda el discurso de la novela, discurso establecido por el general del que sumisa y atemoriza-

damente dan cuenta las inútiles palabras.

UNA PELEA DE GALLOS

No merece la pena recordar lo que en Oficio de difuntos aparece como historia: son los sucesos que reseñan nuestros libros de bachillerato y las causas que apuntan nuestros libros de primaria. Cincuenta años de historia de Venezuela reducidos a una historia de intrigas y combinaciones de caudillos, como esas historias de guerras y dinastías que nos contaron de niños en las que un golpe de audacia, un casamiento afortunado, la peste o la lenta astucia del pretendiente lo decidían todo. La historia sería un drama de caracteres o más bien de estereotipos y la enseñanza de esta fábula venezolana sería la de Tío Tigre y Tío Conejo.

Linares Alcántara, Baptista o Luciana Mendoza tuvieron su hora a la vista, pero les faltó decisión y no supieron rematar. Cipriano Castro no pasó de ser un tipo fantasioso, todo lujuria y alarde; nada hubiera hecho sin su compadre, ni subir al poder ni vencer a los caudillos. A Delgado Chabaud lo perdió la ambición. Los demás personajes serían tan sólo estrellas lejanas y débiles o simples planetas, pantallas, funcionarios. La diferencia entre todos ellos y Gómez estribaría en que ellos vivían de la política, arribistas y bochincheros, mientras que Gómez era un hombre de trabajo, de disciplina, de orden. De ahí su sentido de realidad, del que carecían quienes sin conocer las fuentes originarias del poder y la riqueza llegaban al poder como asaltantes, como abigeos. Con estos hombres no podía haber la tregua, sólo la guerra sin cuartel hasta extinguir la especie. Eso sería todo. Lo demás, p. e. las crisis mundiales, el petróleo o el despertar de la juventud no pasarían de ser cuestiones laterales que se asoman tan sólo a estas páginas y son expeditamente despachadas.

GÓMEZ, UN HOMBRE DIAFANO.

Gómez es simplemente el hombre nacido para el poder: “lo había querido desde que vislumbró la posibilidad de al-

canzarlo, desde la tarde que entró a León, desde la noche en que cruzó, con la pequeña banda, el río de la frontera, desde antes acaso" (216). Pero su ambición sería la otra cara de su carisma, de su capacidad de despejar situaciones: "Pensaba que su destino había sido siempre así. Tener que ser finalmente el que se encargara de resolver por los demás" (110). Su sentido de oportunidad y su previsión le constituían en un ser por encima de aquellos otros enfrascados en sus problemas menudos. De ahí esa fama de "medio brujo", esa imagen de Gómez como figuración del destino y fuerza de la naturaleza: "No queríamos percatarnos de aquella fatalidad que se había desatado y que marchaba sobre todos. Ciegos, hipnotizados en nuestro pequeño juego de mentiras, estábamos ya bajo los ojos, bajo el alcance de las fauces de aquella boa silenciosa que nos iba a tragar" (117). Al estar polarizado por este único propósito Gómez se constituyó en "el ungido con el mágico carisma del poder total" (156). Amigos y enemigos coincidirían en la misma imagen de invulnerabilidad: "Es sórdido, sistemático, implacable. Es como una boa que va envolviendo un cuerpo y apretando sus anillos cada momento más y más. Aquí no se salva nadie. El que no se le someta será destruido tarde o temprano" (183). Es la voz de La Rotunda, la misma cantilena —aunque con opuesto tono— que entona Pimentel, el compadre del amo: "Que tigre tan tigre es usted. Cuando todos van usted regresa... Usted se las sabe todas, compadre. ¿Quién va a poder con usted?" (199).

Y el contenido de ese poder sería la rehabilitación nacional. Gómez, el gobernante sabio, el genio benéfico de la laboriosidad y de la paz: "El quería que todos trabajaran... Mandaba recoger a los vagos, a ponerlos presos, a sacarlos a trabajar... 'Allí tengo a los colorados aprendiendo a ser hombres de trabajo'. Sacaba a los regimientos de los cuarteles... Iban al campo a trabajar toda la jornada. 'Ahora no hay guerra. La guerra es contra la flojera'" (253). Gómez, el ángel tutelar de la moral que mete a la cárcel sin compasión a su propio hijo por violar a una muchacha (251-2). "Aquí va a andar todo el mundo derecho" (254) sería el lema de este censor que habría soñado Bolívar. Hasta la naturaleza extiende su solicitud: "Que nadie corte un árbol sin permiso. Al que lo haga, que lo pongan preso" (254). Y comenta el narrador nostálgico y enternecido: "El sí sabía lo que valía un árbol" (id.).

Nada, que Gómez era el país: "Sentía casi físicamente las ataduras que lo unían a todas las formas de vida del vasto país... Si salía de la casa, detrás iba el país" (307). Tanto, que puede exclamar el titán abrumado por el peso de su corona: "El único preso verdadero soy yo" (308). Y glosa la solícita pluma: "Si él no estuviera allí nada marcharía. Era porque todos sabían que estaba allí, que lo sentían y lo palpaban, que las cosas funcio-

naban. Si no" (308).

Y ya directamente, la apoteosis: Gómez, mito viviente: "Lo que veían ya no era el hombre menudo y envejecido, rodeado de sus ayudantes militares. 'Lo veían con los ojos de sus mitos'. Recordaba al embrujado Changó de los negros, al Amalivaca de los Caribes, al gran Manítú, a Quetzalcoatl, la serpiente empumada, al Nazareno milagroso, bamboleado entre un cerco de cirios, cubierto de sedas e imploraciones" (325).

Sus enemigos no habrían comprendido nada. Que si el país es una hacienda de Gómez. ¡Pues claro! Pero Gómez era del país. Gómez de Venezuela. Gómez, el sagrado consorte de la nación. ¿Ustedes no lo sabían? Pues ahora se van a enterar: Gómez no se casó para guardarle fidelidad indivisa y eterna a la Patria. Oigan si no lo que le dijo al compadre "un día de flaqueza o de confianza" "¿Usted sabe para quién es todo esto que he reunido?" (309). El compadre le da la respuesta de los hombres vulgares: "Pues para sus hijos, compadre" (id). Y entonces confiesa Gómez, el discreto enamorado: "Para una novia que yo tengo" (310). Y ante las suposiciones pedestres del sanchopancesco compadre, declara Gómez, el caballero: "¿Quién puede ser, compadre, sino la nación? Todo será para ella, para que la gente tenga donde trabajar" (310); Y todavía hay gente despistada que piensa que a Gómez lo expropiaron. No, hombre, cumplieron su más íntima voluntad:

Este es Gómez. Si ustedes no lo reconocen piensen en la viga del ojo que les impide ver la historia. O a lo mejor sucede que estos rasgos pertenecen sólo al general Aparicio Peláez, personaje de la novela *Oficio de difuntos* del autor Uslar Pietri.

EL NARRADOR SE QUEDA SOLO

Cabe una tercera hipótesis: Aparicio Peláez sería el general Gómez que se imagina el padre Alberto Solana. Vamos a ver. La novela ciertamente se abre como una evocación del padre Solana. ¿Deducimos de allí que Aparicio Peláez-Gómez sería la versión que del caudillo nos da el padre Solana? ¿Habrá que achacar a este personaje el engendro de esa imagen no sólo edulcorada sino apoteósica del caudillo? Desde luego que no. Basta hojear la novela para comprender que esta ficción no es más que un débil recurso para no limitarse a contar sin más linealmente la historia y sobre todo para introducir otro punto de vista además del de Gómez que con su contrapunto dé cierta sensación de perspectiva, de profundidad, de densidad. Sin embargo el contrapeso no es suficiente y Aparicio Peláez campea solitario en la novela.

Aunque más bien quien campea es el relator. El moldea a su personaje y su personaje le es completamente dócil, no tiene ningún secreto, ninguna sustancia propia. El autor habla de algo completamente dominado, de la imagen establecida. El domina a su materia: el viejo bien muerto está y uno es el heredero de su

poder, el que fija, limpia y da esplendor a su imagen. De ahí que la novela resulte más bien un discurso municipal y espeso, de esos en que el hablador se queda solo desde la primera línea.

LA SEGUNDA MUERTE DEL PADRE BORGES.

Pero el fracaso más hondo de la novela tiene que ver, pensamos, con el padre Solana. El autor había pensado bien: Gómez y Borges. El padre Borges, en trance de escribir la oración fúnebre para el oficio de difuntos del dictador. ¿En qué hubiera pensado? ¿Qué sentimientos se agolparían a su corazón atormentado? Borges no llegará a entonar el sermón —había muerto en el 32—, pero en una ocasión así ¿en qué hubiera pensado? Es sin duda una situación apasionante, como para generar una novela. ¿Por qué no resultó?

Pedro-Emilio Coll pensó escribir la historia de su generación encerrándola en la vida del Padre Borges. Y le escribía: "Sueños y lágrimas dirán el sitio que ocupamos un instante, y en ese sitio tu espíritu torturado, humilde y magnífico será el símbolo de todos nosotros". Y ciertamente el padre Borges pudiera haber sido uno de los capítulos de aquel libro hermoso y triste que Uslar escribiera sobre las *Letras y Hombres de Venezuela*. Pero han pasado muchos años y el joven autor de entonces emigró a otro mundo espiritual. Se alejó de esos hombres apasionados e inestables devorados por el país. Se convirtió en el erudito que ilustra a la nación desde la cámara chica y en el funcionario olímpico. ¿Cómo podría captar esa sensibilidad a flor de piel, esa debilidad, esa subjetividad vulnerada del sacerdote caraqueño? En sus discursos resonantes en honor del dictador, como en sus poemas amatorios o sagrados hay un íntimo desasosiego, una verdadera agonía que traspasa todo y en cierto modo lo ennoblece. Uslar sólo lo puede ver desde arriba, como una salida de tono, como un espectáculo lamentable. De ahí que la dialéctica que pudo ser entre el dictador y el intelectual, entre el andino y el centranco, entre el poder y la subjetividad no llega a desatarse. El relator todo lo recubre e iguala. Y uno llega a preguntarse si no son ciertas bohemias más productivas socialmente que la erudición como adorno social y que el status de funcionario como hombre que da curso a lo que otros decidieron.

En resumen ¿qué añade este libro a tantos otros escritos sobre Juan Vicente Gómez, al de Domingo Alberto Rangel p.e., para poner el último? ¿Qué añade a las grandes novelas sobre dictadores latinoamericanos desde *Tirano Banderas* y *El Señor Presidente* hasta *El Otoño del Patriarca*, *El Recurso del Método* ó *Yo El Supremo*? Creemos, y lo decimos con sentimiento porque respetamos al autor, que el libro no es más que un rebrote sin genio de *El Cesarismo Democrático*. ○